

LA LLAMADA TEOLOGIA DE LA LIBERACION

POR

ANGEL GONZÁLEZ ALVAREZ

La llamada teología de la liberación no es, a pesar de su apariencia, una teología de genitivo. No estamos, en efecto, ante una teología sectorial dirigida a un tema perfectamente definido y con posibilidad de universalización. Creada por teólogos iberoamericanos de formación europea, pronto manifiesta una serie de virtualidades que llaman la atención de los teólogos. Este nuevo movimiento teológico hay que situarlo en torno a 1965. Tres años después recibe su primer respaldo en la reunión de Medellín. La más consistente de las primeras formulaciones es, sin duda, la *Teología de la liberación*, de Gustavo Gutiérrez. Con este acontecimiento, la teología iberoamericana corta el cordón umbilical que le unía a España y a Portugal y queda lista para establecer una peculiar manera de hacer teología en atención a las necesidades de los países iberoamericanos. Con ello se pierde la perspectiva de universalidad que debe caracterizar toda tarea científica, filosófica o teológica.

El primer problema de la teología de la liberación tiene que buscarse en el esclarecimiento del concepto de libertad. Diríase que la libertad se ha encontrado secularmente secuestrada. De aquí que el primer propósito de los teólogos de la liberación sea precisamente liberar la libertad del secuestro en que la han tenido determinados individuos. Los teólogos de la liberación piensan que la libertad no es patrimonio individual sino comunión de todos los espíritus. La teología de la liberación lo que intenta es, si se permite la redundancia, *liberar la libertad*. ¿Liberarla de qué? De una concepción y de un ejercicio individualistas que tienden a recluir al hombre en sí mismo, creando una atmósfera

propicia a las evasiones ante las tareas sociales. Se impone, pues, devolver la libertad a su propio sujeto, el cual no se encuentra en los individuos sino en la sociedad o por mejor decir en el pueblo hartamente necesitado de ella ya que está sujeto a mil opresiones. La urgente necesidad de verse libres de semejantes opresiones explica la aparición del movimiento de liberación, caracterizado esencialmente por lo que se ha llamado la apropiación social de la libertad y su devolución al pueblo como único sujeto natural. Con toda su simplicidad y gravedad se ha asumido la llamada opción socialista. Lo que llevo dicho sólo nos coloca en los comienzos, pero abre el camino que debemos proseguir.

¿Qué significa el título *Teología de la liberación*? La teología es la ciencia de Dios obtenida a la luz sobrenatural de la revelación. No se trata pues, de una simple teodicea que se ocupa del estudio metafísico de la primera causa del ser. Estamos colocados ante el oficio del teólogo propiamente dicho. Tampoco es difícil poner de relieve el significado literal de la palabra «liberación». Es la acción o el efecto de liberar o liberarse de cualquier carga o impedimento. En nuestro caso debería tratarse primariamente de la liberación de la esclavitud del pecado. Se trata de una esclavitud radical en el sentido de que a ella tenemos que referir todas las demás esclavitudes de orden cultural, social, político y económico. Pero no es precisamente de esto de lo que tengo que ocuparme porque la que se me pide es que hable de un complejo de doctrinas actuales que convienen en reducir el extenso campo de la teología a la que dieron el nombre de teología de la liberación.

Comienza semejante doctrina, a mi modo de ver, con un error fundamental sobre la interpretación del cristianismo. La Instrucción de la Sagrada Congregación para la doctrina de la fe lo denuncia con estas palabras: «Ante la urgencia de compartir el pan, algunos se ven tentados a poner entre paréntesis y dejar para mañana la evangelización. Es como si se dijera: en primer lugar, el pan, la palabra para más tarde. Es un error mortal oponer ambas cosas».

Otros teólogos ponen en primer plano la lucha por la justicia y la libertad humanas, entendidas en sentido económico y político y a ello reducen la salvación. El Evangelio pierde la trascendencia y queda reducido a mero sentido terrestre.

He aquí un texto fundamental de la *Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación*: Las diversas *teologías de las liberación* se sitúan, por una parte, en relación con la *opción preferencial por los pobres* reafirmada con fuerza y sin ambigüedades, después de Medellín, en la conferencia de Puebla, y, por otra, en la tentación de reducir el Evangelio de la salvación a un evangelio terrestre.

Centro la exposición en la autodenominada *Teología de la liberación* que se presenta con una interpretación de la existencia cristiana que se aparta contradictoriamente de la fe profesada por la Iglesia.

La denuncia de la Sagrada Congregación no puede ser más certera: «Préstamos no criticados de la ideología marxista y el recurso a las tesis de una hermenéutica bíblica dominada por el racionalismo son la raíz de una nueva interpretación, que viene a romper lo que tenía de auténtico el generoso compromiso inicial en favor de los pobres».

¿Cómo no advertir que partiendo de idénticas premisas y utilizando el mismo método necesariamente se llega a las mismas conclusiones? Más grave aún es la inadvertencia de que el ateísmo y la negación del espíritu en la persona humana, de su libertad y sus derechos pertenecen a la esencia misma de la concepción marxista. La precipitación en el juicio no hace buenas migas con el quehacer científico, filosófico o teológico. Y la precipitación llevó a muchos teólogos a tomar como método de su quehacer el llamado «análisis marxista». Su razonamiento inicial es el siguiente: «Una situación de gravedad explosiva exige una acción eficaz que no admite espera. Y una acción de esta naturaleza presupone un análisis científico que nos permita conocer las causas reales de semejante miseria. No tardaron en surgir teólogos avispados que creyeron encontrar las líneas maestras de semejante análisis trazadas por Carlos Marx y sus pri-

meros discípulos. Hay, pues, que aplicarlo con urgencia a la situación del tercer mundo y de toda Iberoamérica.

La fascinación ejercida por el término «científico» determinó que muchos teólogos tragasen el anzuelo del marxismo. Olvidaron la regla fundamental del método que el profesor que les habla formuló de esta manera: «El método de una disciplina debe ser congruente con la estructura noética del objeto que investiga y debe estar adaptado al peculiar nivel de los destinatarios de la enseñanza». Pero los teólogos de la liberación dejaron incumplida la regla fundamental propia de su oficio. En vez de aplicar el método de investigación con sus procedimientos y formas de enseñanza propios de la teología, tomaron prestado por el marxismo un método incongruente con la realidad que se pretende conocer.

La primera condición de un análisis es la docilidad a la realidad que se pretende describir. Pero el análisis marxista impone su lógica y obligó a los teólogos de la liberación a aceptar un conjunto de concepciones incompatibles con la visión cristiana del hombre. No advirtieron que en la lógica del pensamiento marxista, el «análisis» no es separable de la praxis ni de la concepción marxista de la historia. De este modo el análisis se convierte en instrumento de crítica y ésta es un momento del combate revolucionario del proletariado investido de su misión histórica.

La ley fundamental de la historia se identifica con la ley de la lucha de clases, e implica que la sociedad está fundada sobre la violencia. Pues bien, a la violencia que constituye la relación de dominación de los ricos sobre los pobres deberá responder la contrarrevolución más revolucionaria mediante la cual se invertirá esta relación.

La lucha de clases es, pues, presentada como una ley objetiva, necesaria. Entrando en su proceso al lado de los oprimidos «se hace la verdad», es decir, se actúa científicamente. En consecuencia, la concepción de la verdad exige la afirmación de la violencia necesaria y con ello se desemboca en el amoralismo político.

La lucha de clases tiene carácter de universalidad. Se refleja en todos los campos de la existencia desde los religiosos y éticos hasta los culturales e institucionales.

La concesión hecha a las tesis marxistas pone radicalmente en duda la existencia y la naturaleza de la ética. El carácter trascendente de la distinción entre el bien y el mal, principio de la moralidad, está implícitamente negado en la óptica de la lucha de clases.

Lo que «las teologías de la liberación» han acogido como un principio es precisamente la teoría de la lucha de clases entendida como ley fundamental de la historia.

De todo ello se quiere obtener la conclusión de que la lucha de clases divide a la Iglesia, y que en función de ello hay que juzgar las realidades eclesiales. Para que nada faltase, se acusa de mala fe la afirmación según la cual el amor, en su universalidad, pueda vencer lo que constituye la ley estructural de la sociedad capitalista.

En la concepción marxista, la lucha de clases es el motor de la historia. La historia debe ser entendida como una realidad. Dios mismo se hace historia y en ella no se puede distinguir entre historia de la salvación e historia profana. Así se explica la tendencia a identificar el reino de Dios y su devenir en el movimiento de liberación humana, y hacer de la historia el objeto de su propio desarrollo como proceso de autorredención del hombre mediante la lucha de clases. En esta línea no han faltado quienes pretendan identificar a Dios con la historia, y a definir la fe como fidelidad a ella. En consecuencia, las llamadas virtudes cardinales reciben nuevo contenido. La fe es fidelidad a la historia, la esperanza, confianza en el futuro y la caridad opción por los pobres. Pero esto sólo puede significar una politización radical de las afirmaciones de la fe y de los juicios teológicos. Con ello toda afirmación de fe y toda proposición de teología quedan subordinadas a un criterio político dependiente de la lucha de clases como verdadero motor de la historia.

Repárese ahora en la terrible consecuencia de denunciar como actitud contraria de amor a los pobres, la voluntad de amar a

todo hombre cualquiera que sea su pertenencia de clase e ir a su encuentro por los caminos del diálogo.

Aunque se afirma que el hombre no debe ser objeto de odio se defiende también que en virtud de la pertenencia objetiva al mundo de los ricos, él es ante todo un enemigo de clase que es preciso combatir. La universalidad del amor al prójimo se convierte en principio escatológico, válido únicamente para el «hombre nuevo» que surgirá de la revolución victoriosa.

La concepción de la Iglesia quedará vacía de su carácter como don de la gracia de Dios y misterio de fe. Por eso se ha podido afirmar que las teologías de la liberación que tienen en su favor el mérito de haber valorado los grandes textos de los profetas y del evangelio sobre la defensa de los pobres, concluyen en una amalgama ruinosa entre el pobre de la escritura y el proletario de Marx.

Algo análogo sucede con la Iglesia del pueblo. Entienden por ella una Iglesia de clase que ha tomado conciencia de ser la Iglesia del pueblo oprimido. Por esta vía no se tarda en llegar a una contraposición más radical en que la ortodoxia como recta regla de la fe se sustituya por la idea de ortopraxis como criterio de verdad.

A partir de aquí surgen numerosas inconveniencias por no calificarlas de errores. Conviene afirmar con claridad que la nueva hermenéutica presentada por ciertas teologías de la liberación, conducen a una relectura esencialmente política del Evangelio y de toda la Sagrada Escritura. De ahí la importancia excepcional que se otorga al acontecimiento del Exodo en cuanto efectiva liberación de la esclavitud política. Lo más grave de las teologías de la liberación no está tanto en lo que dicen, como en lo que silencian, o en lo que no toman en consideración alguna.

Hay que denunciar en las teologías de la liberación el uso excesivo de una hermenéutica esencialmente política de la Escritura. Privilegiando la dimensión política se ha llegado a negar la radical novedad del Nuevo Testamento. Y en algunos casos a desconocer a Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre. Lo mismo sucede con el carácter específico de la liberación

que nos aporta y que es ante todo liberación del pecado, fuente de todos los males y de todas las esclavitudes.

Hay que reconocer que en muchos casos se conservan literalmente las fórmulas de la fe pero se le atribuye nueva significación, lo que viene a representar una negación de la fe de la Iglesia. Por un lado, se rechaza la doctrina cristológica en nombre del criterio de clase; por otro, se pretende alcanzar el Jesús de la historia a partir de la experiencia revolucionaria de la lucha de los pobres por su liberación.

Se pretende también con frecuencia revivir una experiencia análoga a la que habría sido la de Jesús. Pero también parece claro que en muchos casos se niega la fe en el Verbo encarnado, muerto y resucitado por todos los hombres. Se le sustituye por la figura de Jesús que es una especie de símbolo que recapitula en sí las exigencias de la lucha de los oprimidos. Y así se da una interpretación exclusivamente política de la muerte de Cristo y, por ello, se niega su valor salvífico y toda la economía de la redención.

Al aplicar el mismo criterio hermenéutico a la vida eclesial, y a la constitución jerárquica de la Iglesia y los fieles, se convierten en relaciones de dominación que obedecen a la ley de la lucha de clases. Se ignora simplemente la sacramentalidad que hace de la Iglesia una realidad espiritual irreductible a un análisis puramente sociológico.

La misma Eucaristía deja de ser el don del cuerpo y de la sangre de Cristo para convertirse en celebración del pueblo que lucha. La unidad, la reconciliación, la comunión en el amor ya no se conciben como don que recibimos de Jesucristo. Es la clase histórica de los pobres la que construye la unidad de la Iglesia. La Eucaristía llega a ser así Eucaristía de clase. Al mismo tiempo se niega la fuerza del amor de Dios que se nos ha dado.

La Instrucción de la Sagrada Congregación para la doctrina de la fe concluye con un texto de Pablo VI en el Credo del pueblo de Dios que me permito leer porque no tiene desperdicio:

«Confesamos que el Reino de Dios iniciado aquí abajo en la

Iglesia de Cristo no es de este mundo, cuya figura pasa, y que su crecimiento propio no puede confundirse con el progreso de la civilización, de la ciencia o de la técnica humanas, sino que consiste en conocer cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en esperar cada vez con más fuerza los bienes eternos, en corresponder cada vez más ardientemente al amor de Dios, en dispensar cada vez más abundantemente la gracia y la santidad entre los hombres. Es este mismo amor el que impulsa a la Iglesia a preocuparse constantemente del verdadero bien temporal de los hombres. Sin cesar de recordar a sus hijos que ellos no tienen una morada permanente en este mundo, los alienta también, en conformidad con la vocación y los medios de cada uno, a contribuir al bien de su ciudad terrenal, a promover la justicia, la paz y la fraternidad entre los hombres, a prodigar ayuda a sus hermanos, en particular a los más pobres y desgraciados. La intensa solicitud de la Iglesia, Esposa de Cristo, por las necesidades de los hombres, por sus alegrías y esperanzas, por sus penas y esfuerzos, nace del gran deseo que tiene de estar presente entre ellos para iluminarlos con la luz de Cristo y juntar a todos en El, su único Salvador. Pero esta actitud nunca podrá comportar que la Iglesia se conforme con las cosas de este mundo ni que disminuya el ardor de la espera de su Señor y del Reino eterno».

Sólo ahora estamos en condiciones de plantear e intentar resolver el problema teológico de la liberación. Parece referirse en primerísimo lugar a la liberación del pecado con su secuela de la muerte eterna. Estaríamos en lo que la Iglesia pide en la misa de difuntos: «Dales, Señor, el descanso eterno y brille para ellos la luz perpetua».

En este sentido se puede hablar de dos concepciones radicalmente distintas de la liberación: una se refiere a la justicia en el mundo y otra se interesa por la relación entre la liberación de las opresiones y la liberación integral como salvación definitiva del hombre. A esta última se refiere, sin duda alguna el tema cuya exposición se me encargó al titularlo «la verdadera liberación».